

*¡Una limosna
para
los inundados
de
Córdoba!*

**EL
EQUILIBRIO
ALBERCA**

El precio de este número

se deja á voluntad de los

compradores, siendo su minimum de

50 CÉNTIMOS DE PESETA.

EL GUADALQUIVIR

¡UNA LIMOSNA PARA LOS INUNDADOS!

El precio de este número se deja á voluntad de los compradores, siendo su minimum de 50 céntimos de peseta.

CÓRDOBA 23 DE MARZO DE 1892.

Antecedentes.

Hace algunos meses que reunida la prensa de Córdoba por medio de sus legítimas representaciones, acordó dar á la publicidad una especie de álbum, cuyo producto había de servir para socorrer á las infelices víctimas de las inundaciones de Consuegra y Almería, sin perjuicio de cuanto había hecho dentro de sus especiales condiciones con idéntico propósito. Aquel álbum, por causas ajenas á su voluntad, no salió de la esfera de proyecto.

Muy distantes estábamos de que los recursos que pedíamos para los que no habían tenido la dicha de nacer en esta hermosa región, habíamos de tener que pedirlos para nuestros hermanos de Córdoba. Y así ha sucedido por desgracia.

La prensa local, dividida por diversos y á veces antitéticos ideales, se halla completamente unida cuando se trata de pensamientos patrióticos ó de las manifestaciones de la caridad.

No basta á dicha prensa su constante labor para excitar los nobles propósitos de aquella virtud sublime: no le basta tener su representación en las juntas de auxilios, ni su cooperación en la obra de los postulantes ni contribuir con el modesto óbolo que le permiten sus modestos recursos. Así como la caridad verdadera, con la mirada fija en Dios acude próspera al socorro de todos los infortunios en el orden moral y material, es también incansable y fecunda en recursos para llenar su misión santa y su acción perpétuamente civilizadora.

No podía prescindir la prensa cordobesa de que era el eco de una ciudad ilustre, que por lo mismo que no suele registrar en sus anales esos cataclismos de la naturaleza que producen inmensas catástrofes en otros pueblos, y por lo mismo que por intuición y por sus tradiciones rinde culto, iluminada por la fe, á las virtudes cristianas, sintetizadas en la Caridad, ha acudido en todo tiempo, y desea acudir hoy, en auxilio de los que sufren los rigores de una suerte infausta, generadora de la miseria y de las lágrimas.

No es posible remediarlo todo en el momento, ni restablecer hogares ni fortunas perdidas; pero séanos lícito, al menos, llevar los consuelos de la fraternidad y del amor á los que lloran, y los posibles lenitivos á los recientes infortunios.

Córdoba hizo prodigios de caridad en favor de las víctimas de las inundaciones de Murcia el 15 de Octubre de 1879: no dejó desamparados á los que gemían por efecto de las que tuvieron lugar en Consuegra y Almería durante la horrible y luctuosa noche del 11 de Septiembre de 1891, como no dejará de acudir siempre solícita allí donde haya una lágrima de enjugar ó un desgraciado á quien tender su mano cariñosa y amiga.

Después de cuanto ha hecho este vecindario en pró de aquellas víctimas, no ha de escusarse del sacrificio que hoy se le impone con esta publicación, donde han de colaborar, el poeta con sus inspiraciones, el filósofo con sus demostraciones y el artista con sus obras. Todos ellos piden para los pobres perjudicados una modesta dádiva que, por pequeña que sea, deja siempre en el corazón, como luminosa estela, el placer infinito de asociarse en el socorro de sus queridos conciudadanos.

Para ellos pedimos la misericordia divina, que, valiéndose del celo de nuestras autoridades y de los humanitarios sentimientos del vecindario, libró de to-

tenemos pan! ¡No tenemos nada.... nada! Y lloraba sin consuelo, mientras los hijos mayores daban gritos pidiendo socorro al ver que una grande oleada llegaba ya hasta sus piés.

—Antonia, ¡arriba! ¡arriba! —decía el marido, empujando hácia la escalera á los dos mayores y cogiendo en sus brazos al rubito de dos años.

La esposa, á pesar de su despecho, ese instinto que sentimos todos hácia la conservación de nuestra existencia le hizo correr maquinalmente detrás de su marido.

Y la lluvia caía á torrentes! Y el aire silbaba de un modo espantoso por las rendijas de las carcomidas puertas! Y el Guadalquivir crecía... crecía de un modo amenazante y aterrador!!

—Madre! La cámara se hunde! —dijo el mayor de los varones, que acababa de subir el último peldaño de la escalera.

Y á la escasa luz del crepúsculo matutino, vieron desplomarse una parte de la habitación, quedando todos como petrificados en el mismo sitio.

Qué situación tan comprometida! El río á sus piés y la lluvia torrencial que caía por el boquete del hundimiento y que buscaba la salida por la escalera, los empujaba fuertemente, sosteniéndose contra la pared á duras penas.

Y aquellos corazones tan oprimidos, no manifestaban sin embargo ni un sentimiento religioso. De aquellos labios convulsos por el miedo, no se escapaba una plegaria, dirigida á Dios, á la Virgen ó á los

Santos, y cuando el corazón fatigado por la desgracia halla un lenitivo pidiendo á Dios misericordia, aquellos seres permanecían mudos, y si alguna palabra salía de sus labios, era solo de desesperación.

Una hora permanecieron en aquella situación tan angustiosa, oyendo á los niños llorar sin consuelo.

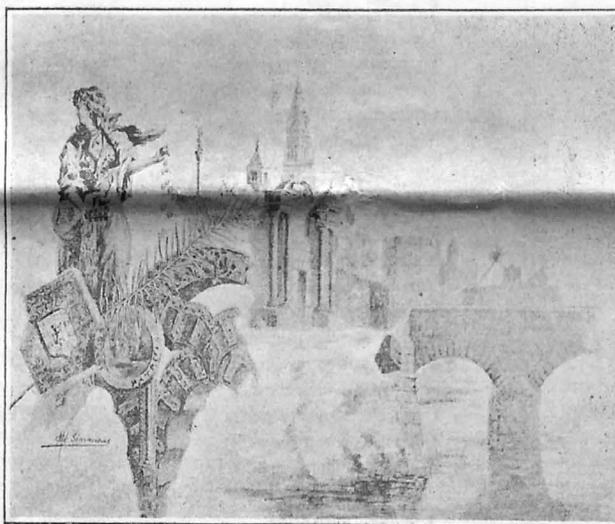
La única ventana que había en la habitación se hallaba en la parte del hundimiento, y el padre, á riesgo de su vida, se determinó á subir por los escambros y salió al tejado.

¡Oh alegría! Una barca salvadora venía recogiendo á los arriados y llegaba hasta sus puertas.

Una vez á salvo se fueron al palacio episcopal.

El señor Obispo, cual ángel de caridad y de consuelo, repartía con largueza la sana comida que ofreció á cuantos quisieron acogerse á su amparo. Al llegar á ellos les consoló diciendo: «No temáis! Aquí hallareis asilo para vosotros y vuestros hijos mientras dure la calamidad. Sed buenos. Educadlos en el santo amor y temor de Dios. Buscad el reino de los cielos y todo lo demás se os dará por añadidura.

Estas y otras palabras edificantes salían de boca de aquel buen pastor, que procurando extraer de la esencia misma del mal todo el bien para aquellas almas confiadas á su cuidado y que acaso no tenían conocimiento de la virtud ó les había sido arrebatada



da desgracia personal á esta ciudad nobilísima; para que haga descender sobre las infelices víctimas, como rocío fecundante y bienhechor, aquella máxima sublime: «¡Bien aventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!»

Por la Prensa,
RAFAEL GARCÍA LOVERA.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

En la madrugada de un sábado del mes de Marzo, un hombre, al parecer de unos 40 años, miraba á su esposa que lloraba desolada, con un niño de pecho en los brazos y otro como de dos años que apoyaba su cabecita rubia en las rodillas de su madre. Otros dos de 10 y 12 años se abrazaban á su cuello, mirando con horror hacia la puerta de la calle que el río desbordado acababa de abrir de par en par.

—Antonia, no llores. Subamos á la cámara, porque aquí vamos á perecer, dijo el marido viendo que el río subía los escalones que había á la entrada de la casa.

—Esposo mio, si de todos modos hemos de morir, muramos de una vez antes que pasar por el martirio de ver sucumbir de hambre á nuestros hijos. ¡No

por doctrinas perniciosas, no se cansaba de instruirlos y alimentarlos material y espiritualmente.

Cuando el sol volvió otra vez á lucir en el horizonte y aquellas pobres gentes regresaron á su hogar, decía Antonia á su marido, mirando su casita derribada por efecto de la inundación:

— ¡Todo lo hemos perdido, esposo mio! Nuestra obra ha sido derribada.

— No, esposa mia, di mas bien: todo lo hemos ganado, porque si hemos perdido una obra material, hemos ganado otra espiritual, renaciendo en nuestros corazones con la doctrina y ejemplo de nuestro buen Pastor, la Fe, la Esperanza y la Caridad, que espíritus corrompidos nos habían arrebatado.

«No hay mal que por bien no venga.»
¡Bendita sea la Providencia!

ROSARIO VÁZQUEZ,
Viuda de Alfaro.

À SAN FERNANDO

Profano trovador, canté yo un día
De Sevilla la gala y gentileza,
Y en alas de mi joven fantasía
Loé festivo su sin par belleza.
Muerta ya al mundo la existencia mía,
De nieve salpicada mi cabeza
Pulsar intento con esfuerzo vano
El arpa que huye mi temblante mano.

Ven, sacra inspiración, ven á mi mente;
Quiero entonar un cántico sonoro,
Que aun siento fuego en mi abatida frente
Y busco un arpa celestial, de oro,
Con notas de David, un himno ardiente
Quiero entonar al héroe á quien imploro;
La sien inclino y doblo la rodilla
Al Santo Rey que conquistó á Sevilla.

Hijo de *Berenquela* esclarecido,
Denodado y piadoso caballero,
De León y Castilla Rey querido,
Humilde penitente, gran guerrero;
Del moro y albigense aun más temido
Que en ruda tempestad el rayo fiero,
Oye mi voz, invicto San Fernando,
Al pié de tu sepulcro resonando.

«Si es Dios mi protector» clamaste un día
«¿Á quién he de temer en la pelea?»
Y postrada á tus piés la Andalucía
Fué de tu acero la mejor preseña.
«Si reinos mil que la ambición ansía
Ufano el corazón ganar desea,
Exclamaste, tan solo yo los quiero
Para gloria de Dios á quien venero.»

Y tus naves del Bétis candaloso
Las corrientes levíticas surcaron
Y agitadas por viento impetuoso
El puente y sus moriscos destrozaron.
Y alzaste entonces tu pendón glorioso
Que *Atajaf* y sus huestes respetaron,
Y fué Sevilla, que tu nombre abona,
El más rico florón de tu corona.

Solo á Dios, solo á Dios honor y gloria
Rendiste y á su Madre Sacrosanta;
Suyo es el lauro y suya la victoria;
Por Él tu nombre al musulman espanta.
Sevilla alborozada, á tu memoria
Himnos de amor y de entusiasmo canta,
Y no pudiendo alzarse hasta tu trono
Bendice en el sepulcro á su patrono.

SEBASTIÁN HERRERO,
Obispo de Córdoba.

Donde la Caridad se ejerce y produce agradecimiento, la cuestión social está resuelta.

Córdoba 19 de Marzo de 1892.

EL C. DE TORRES CABRERA.

AL GUADALQUIVIR

ROMANCE

Ahora que la augusta Luna
Tus ondas puras recama,
Y en lo azul de tu ropaje
Borda sus rizos de plata;
Y de la noche el silencio
Y el son de las olas mansas,
Hacen solemne el reposo
De tu márgen solitaria.
Dime, por Dios, claro río,
De los otros ríos monarca
Que las vegas fecundizan
De la venturosa España;
¿Quién te imprime los encantos
Con que embebeces al alma?
¿Dónde nacen los misterios
Que así atorran tus agnias?
Tú el gérmen de las riquezas
En esta región derramas,
Trocando en espigas de oro
Las praderas de esmeraldas.
Por tu mágica influencia
Lucen su garbo y pujanza
Los singulares corceles
Que á la Europa entera pasman.
Tú, bajo el iris risueño
De áureos celages de nacar,
Gratos donaires inspiras,
Ingenios altos y afamas.
Tú de la ciencia los láuros
Y de la gloria las palmas,
Y de la gentil belleza
Los prestigios y las gracias,
En tus límpidas arenas
Oculto sin duda labras.
Y no solo de los olmos
Las hojuelas plateadas,
Y de los juncos livianos
El grato verdor retratas,
Más también entre tus mimbres
Y tus adelfas amargas,
Naranjos y limoneros
Sus copas brillantes alzan,
Y del Yemen las palmeras
Se columpian en tus áuras.
A tí, Guadalquivir claro,
Cien siglos há que te cantan
Doncellas de negros ojos,
Y vates de límpida fama.
Al son de tristes laúdes
Y de resonantes arpas,
O sus querellas te cuentan,
O con sus dichas te halagan.
Y en tanto de ilustres pueblos
Besando vas las murallas;
Y aunque nada enfrenar puede
Esa tu corriente ráuda,
Ante los yermos pensiles
De los palacios de Zahara
Complaciente la detienes,
O ante la escelsa Giralda.
¿Cuántas veces, al mirarte
Ir ostentoso á las playas,
Donde dejas el ornato
De tus mirtos y ovas blancas,
Por el iris de las conchas
Y por la sal de las algas,
Olvidé yo hasta los timbres
Y blasones que te ensalzan!
Y olvidé que en algún día,
Sangre ilustre Pompeyana,
Colorando tu corriente,
Tiñera tu linfa clara.
Y las místicas palomas
Olvidé que te arrullaban,
Meciéndose en tí cual númenes
De las vírgenes cristianas.
Y al par el génio ardoroso
De las musulmicas razas,

Y sus trovas y sus lides,
Y sus juegos, y sus zambras!
Salve, esclarecido río,
Cuya edad siempre lozana,
En memorias seculares
Sus timbres excelsos guarda.

Hace ya media centuria
Que yo iluso deseaba,
En tu plácida corriente
Ver naves empavesadas.—
Mas en este instante anhelo
Que no con furia tan brava,
Asolando tus riberas
Nuestros suburbios invadas;
Que no de puentes añosos
Estribos fuertes combatas,
Ni pétreos muros asaltes
Con tan insólita saña:
Que no de frescos verjeles
Verdura y frutales barras,
Y dejes miseria y luto
Por donde violento pasas.—
Mejor que admirar tu golfo
Que copia mares lejanas,
Y despojos de las selvas
Que tus ímpetus arrancan:
Ver quisiera en cien acequias
Partido el raudal que arrastras
Llevando frescura y jugo
Que las campiñas demandan.
No te faltarán por eso
Los lirios entre espadañas:
Ni en tu orilla deliciosa
Que aves y flores esmaltan,
Entre las rosas fragantes
Y á la sombra de enramadas,
Ha de cesar el concierto
De mirlos y de calandrias.
Ni fenecerán prestigios
Que la Historia te consagra,
De tus vates en los mirtos,
De tus cides en la espada.

F. DE BORJA PAVÓN.

Uno de los medios que se intentan para allegar recursos con que socorrer á los perjudicados por las últimas inundaciones, es la publicación de un periódico ilustrado; y ciertamente no puede emplearse la prensa periódica en fin mas santo, ni mas propio de su misión civilizadora, que ejerciendo la *Caridad*.

Soy entusiasta admirador de la prensa, de esta gran conquista de la civilización moderna, que tantos y tan asombrosos prodigios está llevando á cabo; que en medio de la efervescencia de aspiraciones, de interes, de ideas y de principios que constituyen el combate eterno del espíritu humano, cuando está bien dirigida ilustra la conciencia pública, dignifica la personalidad del ciudadano y contribuye de una manera eficaz á que se eleven grandiosos templos donde se congrega el mundo en exposiciones universales, pregonando con el testimonio de tanta maravilla que el género humano ha entrado con la ayuda de Dios y por su propio esfuerzo en el período de mayor edad y en la posesión de sus destinos. ¡Bendita mil veces la prensa, cuando se emplea en socorrer al pobre!

EL CONDE DE CÁRDENAS.

A ORILLAS DEL GUADALQUIVIR, CON LA SANTA BIBLIA EN LA MANO

Se ha visto cerca de nosotros la majestad de Dios. Como el diluvio embriagó la tierra, cuando *toda carne había corrompido su camino*, así la justicia de lo alto hirió la nube sobre nuestras cabezas, porque todos habíamos pecado: corrieron aguas en las vegas, y arroyos de gran empuje arramblaron los bosques frondosos y la sementera, que prometía abundante

recolección. El ancho río derramóse por todas partes, y lo cubría todo.

Pasaba el azote de la inundación rehollando la propiedad urbana y rústica, harto consumida ya por no lejanas calamidades. A la vez que recorría los férricos campos, arrebatada inclemente el capital al propietario rico, que puede temblar mirando á su familia en lo porvenir, y suspendía las dietas de su jornal laborioso al pobre obrero, cuyo sudor es enjugado en la noche con los infantiles besos de sus queridos hijos, al depositar religiosamente en malos de amante y fiel esposa el estipendio íntegro del trabajo de todos los días.

Semejante á lamentos y gemidos de mucha gente, sobre la cual se desploman de imprevisto todos los males de espantosa é inevitable catástrofe, así se oía el ruido que formaban las aguas al precipitarse de los montes, ó cuando rompiendo los diques inundaron de tropel la fértil antes y hermosa campiña. Solo la vegetación, que ahora comienza, hará entender lo que entonces se oía.

Cuesta lágrimas de rubor al menesteroso el llevar la comida á su boca, viéndose en la dura precisión de conservar una vida tan llena de penalidades y contradicciones.

Sacrifica el hombre de posición desahogada sus habituales conveniencias para que se facilite con su ofrenda alguna comodidad al desnudo y al hambriento, que todavía piden *por el amor de Dios*, y como limosna, el vestido y el pan que, si la caridad se retira á los cielos de donde vino para igualar á los hermanos, han de hacerlos suyos con la fuerza y por derecho de conquista.

El Señor hace juicio con los moradores de Samaria: porque no hay verdad, ni hay misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra.

¡CONVIÉRTETE, ISRAEL, AL SEÑOR TU DIOS: *porque caíste en grandes miserias por tu culpa propia!* Sin causa aligiste á tus mismos hermanos, haciéndoles pagar por fuerza lo que no podían: Tú que despojaste al infeliz, sé ahora espléndido y generoso con el desvalido.

No diste agua al cansado, y cercenaste el alimento al que sufría hambre: parte hoy con él tu pan, y con limosnas redime tu pecado.

Con el valor de tu dinero poesías pingües dominios, y *por ser más poderoso te alzabas con la tierra.* Enviaste sin socorro ni consuelo á las viudas, que te le pedían, y quitaste á los huérfanos todos los medios de poderse valer y subsistir. ... Siendo tan malo, ¿estabas persuadido que no vendrían sobre tí trabajos, apuros ni opresión? ¡Y no temías la justiciera mano de Dios que te estaba amenazando!... Clama al Señor, y no ceses; y pasarán para no volver los días del infortunio. Dá con mano llena á los pobres; y no huirá la caridad de enmedio de este pueblo.

¡Pobres, tened misericordia de los ricos!

¡Ricos, compadecedos de los pobres!

¡Dios mio! Vos que sois la CARIDAD permaneced con nosotros. Que un diluvio de amor divino, produciendo en los hombres la caridad fraterna con sus sabrosos frutos, limosna y beneficencia, reemplace para siempre los amenazadores desbordamientos del Guadalquivir con INUNDACIONES permanentes de JUSTICIA y de PAZ.

Córdoba 16 de marzo de 1892.

MANUEL GONZÁLEZ Y FRANCÉS,
Cónsul Magistral.

NUESTROS CLAMORES

Atienda Dios misericordioso nuestro ferviente ruego. Compadézcase el Señor de nuestro trabajo, y envíe los Angeles del Cielo á librar á nuestros hermanos de la tribulación que proviene de las grandes lluvias é inundaciones que han tanto lamentado. Muévase el Señor á clemencia por nuestra humilde y sentida súplica, y diga como en otro tiempo dijo por Isaías á favor de otro pueblo. *«Id Angeles veloces á favorecer aquella gente oprimida y dilacerada; aque-*

lla gente que espera y ha sido conculcada; aquella gente cuyas tierras han sido arribadas de los ríos.»

Si, clamemos nosotros, los hijos de Córdoba, de rodillas ante Dios, que es el dueño absoluto de las aguas, el que manda á las lluvias y señala el número y medida de sus gotas; si, clamemos, en un mismo espíritu de caridad, postrados bajo las alas de Rafael, nuestro Custodio amadísimo; si, venid Angeles santos á consolar en su aflicción á nuestros hermanos, ved nuestros campos hollados, dilacerados, saqueados de ríos y torrentes, á quienes no puede contener en sus confines la industria humana: esperando están vuestro socorro. Id prontamente á favorecerlos. *Venite angeli veloces.*

M. RIERA.

Á DON ANGEL DE SAAVEDRA

AUTOR DE "DON ALVARO,"

Mientras pinte el rigor de la fortuna
El drama que su genio nos revela,
Dejando en pos la fulgurosa estela
Que marca el genio en su brillante cuna;

Mientras su vena, fácil cual ninguna,
Nos preste el regocijo que consuela;
Mientras guarde Sevilla una canceleda
Y haya una flor en la ciudad moruna,

Su nombre flotará de zona á zona:
Pues no consienten que jamás se borre
Su fama que á los vientos lo pregona,
El Bétis que lo canta cuando corre
Y el Arcángel dorado que corona
De Córdoba oriental la vieja torre!

GRILLO.

Á LOS PUEBLOS INUNDADOS

En esta ciudad galana
Vió el sol naciente refleja
En prados de verde y grana,
Que en esplendor se asemeja
Á mi Córdoba sultana,

Junto á la dulce corriente
Del Tháder, que se desliza
Como argentina serpiente
Quizás sobre la ceniza
De pueblos que huidió inclemente,

En esta frondosa huerta,
En sus fértiles bancales
Do el sol parece despierta,
También angustias mortales
Les trajo la suerte incierta.

Yo que canté estremecido
Aquellos días aciagos
El bien por ellos perdido,
Hoy á su campo he venido
Á llorar tantos estragos.

Por eso ya que la mente
En esas memorias pierdo,
Al dolor que el alma siente
El llanto de aquel recuerdo
Lo mezclo con el presente.

Aquellas penas pasaron
Entre los tiempos que ruedan;
Mas las huellas que dejaron
Parece las heredaron
Los desdichados que quedan.

Y yo á quien airada suerte
En punzadoras espinas
Las ilusiones convierte,
Vuelvo á cantar á la muerte,
Vuelvo á cantar las ruinas.

En mi larga vida, apenas
Canté mas que desengaños
En mis horas inserenas:
¡Porque llevo tantos años
De cantar duelos y penas!

A. ALCALDE VALLADARES

PENSAMIENTOS

Socorred las necesidades de vuestros hermanos, por caridad; y si la pequeñez de vuestro espíritu no os permite levantaros á tan sublime y divino motivo, socorredlos al menos por filantropía.

SORIANO Y BARRAGÁN.

La limosna hecha por amor á Nuestro Señor Jesucristo en el pobre, ó sea por la caridad, ante Dios y ante los hombres es, desde el punto de vista moral y religioso, el mayor de los beneficios que pueden prestarse al desvalido.

MARIANO MARTÍNEZ ALGUACIL.

Por la ciencia camina el hombre hácia Dios. Por la caridad lo refleja.

El infortunio arrastra á la duda y al escepticismo; pero la caridad revive en el alma la fe cristiana.

Dichosos los que sienten enardecerse su pecho con el fuego de la caridad; porque esta celestial virtud redime al hombre y lo eleva en su progreso espiritual.

VENTURA REYES CORRADI.

CONTRASTES

Es triste y fatal ley de la naturaleza que para que se produzcan acciones benéficas es preciso que se ocasionen males, que se experimenten los rudos choques del infortunio, y que las calamidades agobien, con su peso abrumador, el espíritu de la humanidad, dejando sentir sobre las clases sociales, con aterradora insistencia, los siniestros efectos de las desgracias más horribles.

Esa es, por regla general y ordinaria, la base fundamental sobre que descansan y se desarrollan los contrastes que se observan, con pasmosa repetición, en la vida accidentada de los pueblos.

Cuando á los mismos asedia una desastrosa calamidad: cuando la naturaleza desborda sus copiosos elementos de destrucción y de ruina: cuando todo se mira envuelto en ese negro é insaciable torbellino de las pestes, las guerras, las inundaciones, los incendios y las hambres; y cuando todo también parece que conspira, se condensa y se conjura en contra de la humanidad, como si fuera el producto de un solo propósito de aniquilamiento absoluto y de completa desolación, viene por la ley de los contrastes, por esa ley de inspiración divina, á despertarse en la conciencia, en el espíritu de los hombres, una idea grandiosa, sublime, consoladora, llena de amor y de cariño, que fué sintetizada desde los tiempos primitivos con el santo nombre de la Caridad.

¡Benditasea! Por ella se desarrollan los sentimientos del amor recíproco: por ella se enjugan las lágrimas que la miseria y la pobreza derraman en copiosa abundancia, agobiadas bajo la inmensa pesadumbre de sus continuados sufrimientos: por ella se socorren y se restañan las graves heridas que los soldados valerosos alcanzan en los campos de batalla cuando, defendiendo los derechos, la integridad, la honra de su patria, su independencia y los altos fueros de su libertad, caen moribundos, al duro embate de las armas enemigas: ella acoge, con avidez esquisita, al pobre niño que, huérfano de padres, es abandonado al abrir sus ojos á la luz primera, recibiendo las caricias que la sociedad le prodiga y que le compensan, en parte, los halagos de una madre que perdió, ó de otra que, desnaturalizada tal vez, no supo ó no pudo cumplir con sus deberes más sagrados: ella en las situaciones azarosas de la vida, cuando las epidemias diezman los pueblos con el influjo aterrador de sus invasiones, se conjura en contra de tamañas calamidades y ya con medidas higiénicas, ya con alimentaciones apropiadas y ya con todo género de asistencias y cuidados, constituye un balladar, si nó insuperable,

mitigador, al menos, de tan funestos desastres; y ella, por último, con su amorosa influencia, con su eficaz auxilio, con su cariñosa ayuda y con la desprendida acción de sus virtudes acude presurosa, en casos de inundaciones, de incendios y de esas inmensas plagas asoladoras en que los pueblos se ven envueltos, en que se tocan los resultados fatales de una miseria espantosa, y hace que los corazones se muevan al unísono compás de un solo sentimiento y que todo el mundo derrame, con mano generosa y pródiga, los perentorios auxilios que exige la reparación, ó, al menos, la amonioración de los enormes contratiempos que se sufren.

La Caridad, según expresión de un autor célebre, es el sentimiento más grande que el hombre experimenta; la virtud que, traducida en hechos latentes y positivos, los hace á todos hermanos, iguales y libres, porque por medio de su benéfico influjo, de sus cariñosas iniciativas y de su desprendimiento plausible viene, de una manera indirecta, pero eficaz y provechosa, á estrechar los vínculos del amor, á mitigar los desastres, las contrariedades y las inclemencias de los tiempos y á borrar, aunque sea momentáneamente, las desigualdades que se notan en las fortunas sociales, puesto que el rico y el pobre, el opulento y el pordiosero, el acaudalado y el miserable todos ofrecen y reciben recíprocamente, por amorosas y sublimes contemplaciones, aquellos recursos que, con necesidad apremiante, exigen las condiciones de un estado lamentable y de infortunadas consecuencias.

En las tristísimas circunstancias que, por las terribles inundaciones recientemente sufridas, hemos experimentado, y que aun se tocan en sus abasalladores efectos, hemos observado, con orgullosa complacencia, hasta qué punto esta nuestra querida ciudad no está dormida á los sagrados sentimientos de la filantropía, del amor y del cariño mútuo. Todas las clases sociales, cada cual de ellas en la esfera de su posibilidad, el potentado, el menos rico, el industrial, el comerciante, el agricultor, el artesano y el que vive de los exigüos productos de su trabajo y de los pequeños rendimientos de su faena personal, á todos los hemos visto inspirados en un solo sentimiento, en una sola idea, en una tendencia exclusiva y generosa, en el pensamiento de aliviar las funestas consecuencias de la inundación llevando su óbolo y sus consuelos á aquellos que, careciendo de lo necesario, no teniendo elementos de subsistencia y encontrándose asediados por los repugnantes efectos del hambre, de la desnudez y de la miseria, demandaban los auxilios extraños para poder soportar la ruda prueba en que se hallaban colocados.

Esa ley de los contrastes ha venido, repetimos, á enjugar, por modo eficaz y cariñoso, muchas lágrimas, á dulcificar grandemente las penas de los espíritus más agobiados y á demostrar, de una manera perfecta y al alcance de todas las inteligencias, que allí donde se produce un siniestro, allí se dá ocasión también al desarrollo de la santa virtud de la Caridad; al bien contrarrestando, con mano generosa, los perniciosos efectos del daño, al rico ayudando al pobre, compartiendo con él sus haberes y su amor; y á todos haciendo que el infortunio no produzca los horribles resultados de una desolación completa y absoluta.

Pero las consecuencias de los desastres experimentados anteriormente exigen, é imperiosamente reclaman todavía, los auxilios y el desprendimiento de todo el mundo. Aun se derrama copioso y amargo llanto. Es preciso, y así lo demandan los sentimientos de humanidad, que, inspirados todos en un solo pensamiento, ofrezcamos á la contemplación de propios y de extraños, el singular ejemplo de que la ley de los contrastes es una verdad maravillosa en nuestro pueblo: que cuando sobreviene un desastre horroroso, allí nace, en los instintos comunes, el espíritu del amor y de la reparación; y que todos, absolutamente todos, sin excepción de uno solo, nos hallamos prontos, resueltos y decididos á reponer, con los recursos que ofrece la más rica de las virtudes, los agravios que las injurias del tiempo han venido á lanzar sobre nuestros hermanos.

ANGEL DE TORRES.

EN LA ÚLTIMA AVENIDA DEL GUADALQUIVIR

Cual soberbio y pujante el hondo río
Al tremendo rugir de su oleaje,
Frutos arranca y troncos y ramaje
Imponente en su fuerza y en su brío;
Y en empuje terrible y poderío
Sin dique ó muro que su fúria ataje,
Todo cede, humillándose, al coraje
De ese torrente asolador é impío;
Tal el esquiñe de la vida humana
El récio embate sufre, y ciego insulto,
En las borrascas de pasión tirana,
Si de la duda en el fatal tumulto,
No encuentra el faro de la luz cristiana,
Ni el puerto ansiado de su excelso culto.

ENRIQUE LLÁCER Y GOSÁLBEZ, PBRRO.

EL CIELO ANDALUZ

Nimbo azul de purísimos colores,
En donde el claro sol su luz inflama,
Y á cuya viva y esplendente llama
Se fecundan las aves y las flores.
La niña que acaricia sus amores
Te contempla alentando pura llama
Y á través de tu manto, á Dios reclama
Te prodigue esperanzas y favores.
¡Cielo andaluz! ese encantado brillo
Que admiré con placer desde la cuna
Sólo en sus lienzos lo copió Murillo:
Y risueña ó adversa mi fortuna
Haz luego que á mi túmulo sencillo
Descienda un rayo de tu blanca luna!

ENRIQUE VALDELOMAR.

AIXA

FRAGMENTO DE UNA BALADA ORIENTAL

.....¿era un amante?
¿ó un error de mi vista estraviada?
trémulo y ébrio, me acerqué, la duda
prestaba un débil rayo á mi esperanza...
¡no era error!! no, la ví; sus bellos ojos,
con ternura en su amante se fijaban,
y al verla, creí morir; toda mi sangre
dejó de circular, sentí en el alma
un agudo dolor, dentro del pecho
el corazón romperse, y tales ansias,
cual si una mano de aceradasñas
fúrias desgarrara mis entrañas.

.....¡oh! ya estoy libre, amada Aixa, libre como el aire que besa y balancea las palmeras del desierto, como el ave que cruza los espacios, y á tí, querida mía, á tí lleno de amor, vuelve tu Omar. Corre, corre, caballo mío, llévame en alas del viento, llévame á los brazos de mi esposa, ¿quién podrá apartarme de ellos?

¡Ah! maldito el día en que la traición me arrebató de tu lado, ¡un año de ausencia! y ¿vivo?... cómo he podido vivir sin tus halagos?

Pero ya, gracias á Allah, (ensalzado sea), he roto mis cadenas, sí; y aliento y vivo solo para tí, para gozar á tu lado de una dicha inefable, más dulce para mí, que la que ofrece el Paraíso; sí, tu te apareciste ante mis ojos al lucir la mañana de mi vida, entre las brisas del alba, radiante de luz y de hermosura, cual la imagen de un sueño delicioso, que tomó cuerpo en mí ser é inundó de amor mi alma... ¡te amo tanto! ¿me oyes, querida mía? sí, debes oírme, como yo oía tus suspiros tras de las rejas que me aprisionaban, y debes verme, como he visto y veo brillar tus negros ojos al través de tus pestañas, cual brillan dos luceros en las sombras de la noche, llevando de continuo la esperanza y la alegría hasta el fondo de mi alma.

Corre, vuela, caballo mío, hiende los aires cual la flecha voladora; la impaciencia me consume; ¿sabes que me espera Aixa? Aixa, la bella hurí que Allah me dió por esposa, la de los dientes de perlas y la de negros cabellos, aquella que te acariciaba con su mano de ancena, la madre de mi hijo; ¡mi hijo! el hijo de Omar y de Aixa, un héroe de veinte años....

Dicen que ha vuelto del *Alghed* (1), lleno de gloria; que su espada, vencedora en tres combates, ha salvado la enseña del Profeta; ¿más donde está el jóven caudillo orgullo del Islám? (Allah excelso lo bendiga), ¿dónde está el moderno *Antara* (2), galante en el harem y valiente en las batallas como el león de las selvas? ¡ah! sus alientos no niegan que descendiende de una ilustre raza de guerreros y que por sus venas circulara la noble sangre de los coraixitas... ¡pero qué! ¡caballo mío, te cansas! ¡tus bríos amenguan! tú, tan fuerte y valiente en las batallas como el león de los combates!... ánimo, amigo y compañero mío, ánimo y sigue adelante, adelante, que Aixa nos espera.... ¡oh noble animal! mi acento enamorado te dá fuerzas, como si el acicate rasgara tus hijares; oigo tus cascos golpear la tierra á compás precipitado, despidiendo con violencia los guijarros; mi voz te presta alas, oigo con angustia tu respirar anheloso; los árboles, los bosques y las praderas pasan á mi vista como sombras, envueltas en confuso torbellino, pero es poco, poco aún, que vá mucho más veloz mi pensamiento. Corre, corre, vuela, salva valles y montañas, aviva tu carrera, que el viento nos adelanta y vá á besar antes que yo la frente de mi esposa: sigue, sigue, no desmayes, que me aguarda la encantadora deidad en cuyo rostro se mira y estasia el sol de la mañana... Corre, corre, caballo mío, que estamos casi al final de la jornada...

Sí; cerca estamos, yá distingo al rayo de la luna chispear las doradas esferas del alto minarete de *Medina-Andalus*, ya aspiran mis pulmones el ambiente perfumado de sus *rauidhas* (3) y verjeles... ya percibe mi vista, dilatada por el gozo, la *almunia* (4) que guarda mi tesoro, el ajimez en que unidos á la hora del *Assobh* (5), contemplábamos la aurora, que envuelta entre tales de carmín y oro, envidiaba nuestra dicha...

¡Aixa! ¡Aixa! amada mía, ¿llega hasta tí mi voz? Al acercarme mi corazón desmaya, su felicidad es tanta, que no puedo soportar su peso. Aixa, aquí tienes á tu Omar, rendido y cariñoso, cual estaba en nuestros más felices días; aquí tienes á tu esposo amado, que acude á ver la flor de sus amores, á embriagarse con su aroma, y á enjugar con sus lábios las lágrimas que bañan tus pupilas, como bañan el cáliz de la rosa las gotas de rocío...

¡Pero Aixa me espera! ¡nada sabe! y la noche está espirando; la luna vá á ocultarse, y en breve dará al alba el ósculo de despedida... y sin embargo, veo luz al través de las caladas celosías... y en torno reina un silencio misterioso; ¡por Allah que tengo miedo, miedo de mi dicha! ¡tiene luz! ¡ah! Aixa vela, hace un año que el sueño ha huído de ella, su vida es un martirio lejos de su Omar... aguarda, aguarda un poco más, que llegue á tí á inundar tu alma en un océano de caricias... ¡glorificado sea Allah! que yá llegamos...

Descansa pobre animal, quiero saltar la tapia y subir por la palmera que está al pié de su ajimez y tantas veces me sirvió de escala... quiero, sin que me sienta, penetrar en su estancia... ¿la matará la sorpresa? no; el amor y la alegría no matan... mi corazón salta en el pecho... mi vista penetra al interior de la *albania*... (6) ¡¡¡por Allah!!! ¿qué ven mis ojos? Aixa está á mi frente reclinada en un diván, estrechando con cariño entre las suyas las manos de un jóven guerrero, que sentado á sus pies, en un cojín, vuelve la espalda... Aixa, lo contempla con amor y exclama: ¡qué felicidad, amado mío, estrecharte entre mis brazos, y extasiada y delirante enlaza mis manos nacaradas en torno del cuello de aquel joven y estampa un beso en su rostro... ¡que Allah me valga! mi desesperación es inmensa, ¡¡que decepción tan terrible! siento mi corazón saltar en mil pedazos, las garras de *Xaitan* (7), rasgan mi pecho, mi alma no

(1) La guerra santa.

(2) Célebre guerrero y poeta de la Arabia, cuyo heroísmo y virtudes lo hicieron famoso entre los árabes.

(3) Jardines y huertas deliciosas. También se aplica á los cementerios, que los árabes cubren de flores.

(4) Quinta de recreo.

(5) La hora del Alba.

(6) Alcobá.

(7) Satanás.

duciendo sus influencias, casi siempre ciertas y seguras, para con nuestro planeta.

Hoy que la astronomía define y conoce de modo exacto y matemático lo que entendemos por leyes naturales, queda limitado lo sobrenatural y milagroso, y han desaparecido los terribles augurios á que daban lugar los eclipses, cometas, lluvia de estrellas, etc., que la preocupación, no muy antigua aún, creía ver en estos fenómenos naturales, como presagio de guerras y pestes.

La precisión de los instrumentos ópticos, cada día más exactos, unidos al estudio de la astrofísica y de la mecánica celeste, cuyos trabajos se deben al célebre Le Verrier y Laplace, y el auxilio poderoso del cálculo matemático, dieron por resultado el que hoy se puedan predecir y vaticinar de modo fijo é invariable los trastornos atmosféricos de nuestro planeta, como ha acontecido, desgraciadamente, en días anteriores, aciagos para nuestra querida patria, y muy sensibles para la región andaluza, que gime y llora las consecuencias de tanta desgracia. Y fuera rancio, é ignorancia supina atribuirlo á castigos é iras del mismo autor de estas leyes increadas, fijas é inmutables como El.

Con tan poderosos elementos que cada un día se ponen en manos de estos sábios, dedicados á estudiar los infinitos mundos que giran en el espacio, alrededor de sus respectivos sistemas planetarios, es de esperar que al alumbrar nuevo día se recoja un dato más, y quién sabe si no está lejano el en que se llegue á descubrir que lazos, independientes de los de la gravitación, existen entre el sol y la tierra. Nada hay imposible á la razón humana, y así vemos que desde el descubrimiento de la chispa eléctrica por el célebre Volta, hasta la aplicación de este fluido al teléfono, media estenso campo de adelantamiento, que revela á donde pueden conducirnos los gigantescos trabajos del hombre. Este mismo estenso campo podemos observar desde la varita mágica del viejo astrólogo hasta el potente telescopio del astrónomo del día.

Pero como el progreso no tiene límite y el deseo de saber es innato, ya nos parece deficiente, y se agita nuevo ideal para descubrir otras fuentes de consulta, donde la humanidad quiere beber el futuro, y ver reflejadas en sus aguas verdades y hechos que no alcanza á comprender, y penetrar en las regiones de la más vívida luz. Ya la ciencia se ocupa de ello y busca en el fluido universal la explicación de ciertos hechos, que si bien son de fé creerlos, la razón no los alcanza.

ENRIQUE VILLEGAS.

EN LA INUNDACIÓN DEL GUADALQUIVIR EN CÓRDOBA EN 1892

Rasgáronse del alto firmamento
Los senos en que Dios el agua encierra,
Y á torrentes cayó sobre la tierra
Anegándola en curso turbulento.

Mar que embravece el huracán violento,
Y al triste humano pavoroso aterra,
El valle arrasa y la empinada sierra,
La débil choza y secular cimiento.

Poder de Dios, que el hombre te venera;
De Dios Misericordia salvadora,
Haz que el mortal en tu bondad espere:
Y á las desgracias miserables del suelo
En vez, Señor, del agua vengadora,
Á raudales descienda tu consuelo.

LUIS HERRERA.

Recordad las descripciones leídas, ó las relaciones escuchadas.

Fuerza potentísima, que se desarrolla en el interior de la tierra, hace vibrar su corteza exterior, y á sus oscilaciones se derrumban los más sólidos edificios, produciendo miles de víctimas, menos desgraciadas quizás que los supervivientes, que al volver del

letargo que el estopor les produjo, se encuentran sin hogar, sin patrimonio y sin familia.

Ligera chispa conducida por una ráfaga de viento, es depositada sobre materia combustible y en breves instantes convierte en espantosa hoguera la morada de multitud de seres, que aprisionados en infranqueable círculo de fuego, en vano demandan, con horrible desesperación, socorro que no es posible hacer llegar hasta ellos, pereciendo al fin entre los candentes materiales que los abrasan al par que los sepultan.

La benéfica lluvia que fertiliza los campos, truécase de improviso en inmensa catarata, cuya impetuosa corriente todo lo inunda, lo arrasa y destruye, arrastrando con su vertiginosa fuerza, plantas, edificios y criaturas, que sorprendidas sin defensa, pierden la existencia después de titánica lucha por defenderla.

Recordad esas inmensas catástrofes que sin interrupción se suceden, y en sus dolorosos episodios vereis destacarse siempre esa grandiosa figura de la *Caridad*, virtud santa y hermosa, sentimiento sublime, que aunque oculto de ordinario, vive siempre en estado latente en el corazón humano, para aparecer en ocasiones tales en toda su magnificencia, haciendo que el hombre dé con afán para otro hombre, su pan, su traje y hasta su propia vida, sin que la más ligera sombra de egoísmo le retraiga de sacrificar con entusiasmo cuanto tiene, cuanto vale y cuanto es, para atenuar en lo que alcanza, la desgracia de sus semejantes.

¿Y por qué si los sentimientos que espontáneamente surgen del corazón del hombre son esos, tan nobles, tan generosos y tan humanitarios, los han de truncar violentamente las pasiones mezquinas y bastardas, convirtiendo en lucha incesante, pena y dolor, la calma, dicha y felicidad que seguramente disfrutaría en la vida, si obrase bajo el imperio de aquellos?

MANUEL SIDRO.

ANTES Y DESPUES

I

Se hundió Pompeya, sepultó á Herculano
Del rugiente Vesubio el rojo aliento,
Tornando las delicias del Romano
En un campo sombrío y ceniciento.

Bajo el ancho espesor de lava oscura
Halló rico motín la fiera muerte,
Oro, placer, talentos, hermosura....
¡Todo encontró á la par la misma suerte!

Oyó tan solo el viento, confundidos
En siniestra armonía funeraria,
Del caduco pagano los rugidos....
Del cristiano naciente la plegaria.
Que Roma nó ¿qué importan los dolores
Á la vieja matrona y los martirios
De su pueblo? cesad en los clamores;
Dejadla sneumbir con sus delirios.

II

El cielo negro, pegajoso el viento,
Suspensa de terror la vida entera,
Cintas de luz hundiendo el firmamento,
La avalancha bajando la ladera

Con temerosos y pujantes sonos,
Y allá van hombres, casas y animales
Rodando entre los turbios borbotones
Que producen las aguas torrenciales.

Así cayó Consuegra y Almería,
Así este suelo cordobés, risueño,
Preso del llanto, luto y agonía
Que las combate con tenaz empeño.

Mas no la vieja Roma es la que ahora
Contempla los horrores de su lucha:
Otro impulso feliz con ellas llora
¡Hoy es Jerusalem quien las escucha!

Allí lleva el pudiente su socorro
Para buscar al desdichado abrigo,
El modesto industrial su corto ahorro,
La vieja capa el infeliz mendigo,

Su trabajo el artista y su desvelo,
Y el mundo todo sus enantiosos dones,
Que al tender Caridad su hermoso velo
Las fronteras borró de las naciones.
¡Gran virtud que confunde y al par pesa
En la boca de un saco, el altanero,
La mano de jazmin de la princesa,
Y la seca y vulgar del portidioso!

III

Allí nació; en el Calvario pura
Brotó ese agua, del amor del cielo.
¡Antes de Cristo indiferencia dura!
¡Después de Cristo, caridad, consuelo!

SALVADOR BARASONA Y CANDÁN

AL GLORIOSO ARCÁNGEL SAN RAFAEL INCLITO CUSTODIO DE CÓRDOBA

Mensagero de paz, nuncio del cielo,
Ministro del Señor Dios uno y trino,
Que velar por el hombre es tu destino,
Dulce amparo prestándole y consuelo:

Tú eres refugio en su aflicción y duelo,
Fiel custodio del náuta y peregrino,
De nuestros lares protector divino,
Tutelar Paladión de nuestro suelo.

Córdoba campear sobre cien torres
Tu excelsa imagen vé, gallarda y bella,
Siendo de gracias celestial tesoro:

Tú con tu auxilio sin cesar la recorres,
Y orgullosa se ostenta de ser ella
La ciudad de los ángeles de oro.

AMADOR JOVER Y SANS.

CHÁRITAS

Es la caridad, como el sol, que vivifica y alumbra
y alienta, sin reconocer nacionalidades ni fronteras.

El origen divino de la caridad se revela en su propia universalidad.

Del eterno manantial de todas las virtudes brotó la caridad, y el mundo fué redimido.

J. NAVARRO Y PRIETO.

LO QUE SE IMPONE

Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena.

O lo que es casi lo mismo: nadie se acuerda de que hay miserias en el mundo hasta que este planeta sub lunar se bambolea en convulsiones epilépticas, ó se reproducen las escenas del Diluvio, ó el cielo, sordo á los clamores de los humanos, calcina la tierra con los abrasadores rayos de un sol de justicia que agosta los campos, seca los manantiales y produce con la pertinaz sequía, el hambre y las enfermedades.

No somos de los que admiten como verdades inconcusas esos *evangelios chicos* que constituyen el *summun* de la sabiduría popular, pero creemos, sin cerrar los ojos, que *si no hay mal que por bien no venga*, tampoco *hay bien ni mal que cien años dure*.

Bajo este punto de vista, las calamidades que afligen á la humanidad, con carácter intermitente, en vez de ser castigos con que la Providencia quiere afligirnos y hacer alarde de un rigor que está en pugna con su constante inclinación á la misericordia, son saludables avisos que nos envía para que, dando temporalmente al olvido el indiferentismo y la egolatría, nos acordemos de que hay seres que sufren y tienen derecho á compartir con nosotros los bienes que disfrutamos.

Hemos leído, no sabemos dónde ni cuando, que Dios ha hecho á los pobres para que los ricos sepan

para qué son ricos. Desgraciadamente la mayor parte de los favorecidos por la fortuna, merecida ó inmerecidamente, creen que las riquezas que tienen, no en propiedad, sino en usufructo, las han adquirido por derecho propio y con el fin exclusivo de dar satisfacción cumplida á sus apetitos sensuales ó de amortizarlas en el ejercicio estéril de la avaricia sordida.

Por estos dos extremos, que son los escollos en que naufragan casi todos los ricos de la tierra, leemos en el Evangelio: «Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico se salve.»

Las riquezas tienen la condición maléfica de embotar el sentimiento y de esterilizar los buenos deseos que germinan en todo humano corazón.

Si el tiempo que emplean algunos oradores sagrados en lanzar anatemas contra los que nutren su espíritu con la sávia del progreso lo dedicasen á la predicación de estas verdades, que son la síntesis de la moral cristiana, ¡cuán diversa sería la suerte de los desvalidos y la triste condición de los que sufren en ominosa esclavitud los rigores de la inopia y el yugo de la ignorancia!

En la calamidad reciente, cuyos deplorables efectos lamentamos, bueno es que se excite el celo de las corporaciones oficiales y particulares y de las colectividades todas, para que atiendan al remedio de las necesidades que nos rodean, pero también es preciso que se invoquen los sentimientos humanitarios de aquellos individuos que, sin sacrificar lo necesario y sin prescindir en absoluto de lo que dedican á lo superfluo, pueden y tienen el deber de acudir al socorro de las miserias de sus prójimos y de enjugar las lágrimas del infortunio.

Concluamos este ligero trabajo diciendo con un novelista contemporáneo, infatigable propagandista de las ideas democráticas, en su más puro y elevado concepto: «Nadie tiene derecho á disfrutar de lo superfluo mientras haya quien carezca de lo necesario.»

FRANCISCO ORTIZ Y SÁNCHEZ.

LA SANTA CARIDAD

Compañeros y amigos cariñosos
Me invitan á escribir
Con premura, siquiera cuatro versos,
Para EL GUADALQUIVIR.
Que yo no soy poeta, aunque quisiera,
Eso muy bien lo sé.
¿Pero puedo negarme por ventura?
No, no; ¿mas que diré?

Mi lira pulso, más inútilmente
Yo pretendo cantar;
Las flores de mi alma están marchitas
Y fruto no darán.
Que así como el caudal de nuestro río
Con impetu arrastró
Lo mejor que se hallaba en sus riberas,
Así mi corazón
Agostado lo tiene el desengaño
Solo para mi daño,
Pues tengo que vivir,
Y á medida que pasa cada año
Así mis ilusiones veo morir.

No he de hablar, pues, de flores ni enamadas
Do canten jilguerillos,
Ni de brisas, del campo donde moran
Alegres pastorcillos
Pues tan solo á mi musa, casi estéril,
Le ocurre en el momento,
Batir palmas á los iniciadores
Del feliz pensamiento
De publicar el número presente:
El nos muestra, elocuente,
Que en la calamidad
Siempre se halla la prensa diligente
Para ejercer la santa caridad.

JOSÉ CASTILLEJO DE LA FUENTE.

LA CARIDAD

Dios en su inmensa bondad,
A el alma humana donó
Tres virtudes, que nombró
Fe, Esperanza y Caridad.
El hombre halló su sostén
En la Fe y en la Esperanza,
Porque con ellas alcanza
Su propio, seguro bien.
Mas la caridad le lleva
Al más sublime heroísmo,
Y hasta el trono de Dios mismo
El alma cristiana eleva,
Porque es virtud que enaltece,
De amor sagrado raudal,
Que disfrutan por igual
Quien consuela y quien padece.
Y por el bien, siempre en pos
De la desgracia, camina:
Que es la Caridad, divina
Virtud que emana de Dios.

FERNANDO DE MONTIS.

PENSAMIENTO SOCIOLÓGICO

Cuando el hombre, que rodeado constantemente por ese conjunto ensordecedor y bullicioso que se llama sociedad, se aparta, siquiera momentáneamente, de la lucha que á diario tiene necesidad de librar contra sus semejantes para procurar su vida y bienestar, y se dedica ó á aliviar algún mal, ó enjugar alguna lágrima, ó á socorrer á un desvalido, es el momento en que más se acerca á su Supremo Hacedor y más se identifica con la obra divina de donde procede.

Cuántas veces personas que encierran en su pecho un mundo de nobles sentimientos, cruzan presurosas por entre desoladoras ruinas ó inminentes desgracias, y ni un pobre recuerdo, ni una triste mirada se forma en su cerebro, se desprende de sus sentidos, para aquello que á su alrededor pasa, como fugaz relámpago en su preocupado ánimo y no deja huella en su acelerado espíritu.

El estado actual de las relaciones habidas entre los distintos miembros de la gran familia humana, es tal vez la causa de que queden en el mayor olvido poderosas y edificantes iniciativas, laudables y profundos pensamientos, cuyo desarrollo y ejecución aportarían la felicidad de muchos individuos que se ven obligados á arrastrar una misera condición y pobre existencia.

Pero en el transcurso de los tiempos ocurren determinados hechos, cuya trascendencia es tal, que paraliza el continuo movimiento de la vida normal y obligada del hombre, y aquel cuya indiferencia hacía sus semejantes es mayor, no puede sustraerse, no le permite su espíritu evadirse, ni hacer abstracción de fijar su actividad en las consecuencias de aquellos sucesos, cuya magnitud le arrastra con fatal necesidad á considerarlos y á poner de su parte cuanto pueda para procurar su remedio.

Hoy llama la atención de los hombres más avezados á la espectación de la desgracia un triste acontecimiento que ha sumido en la mayor miseria á algunos centenares de personas, y así como la desgracia de un hombre pasa generalmente desapercibida para los demás, del mismo modo la de muchos atrae la atención, no solo de aquellos que comparten con ellos sus dichas y sus placeres, sino de los que no tuvieron con ellos inmediato contacto y relación.

Há poco tiempo vimos esparcirse en las poblaciones de Consuegra y Almería el espanto y la desolación, y todos correr presurosos al auxilio de sus semejantes, olvidándose toda clase de rencores y enemistades, y el hombre de más empedernido corazón, salvo raras excepciones, dá su mano y levanta al desvalido: tocamos de cerca las fatales consecuencias que ha traído á esta localidad la gran avenida del río Guadalquivir, y el espíritu de nuestros vecinos se levanta, y todos se asocian á lo bueno y á lo justo con

el laudable propósito de aliviar á sus hermanos de las penalidades que una inesperada fatalidad sembró en sus hogares.

Esta es la condición humana y no otra, pues si algunos sostienen que el hombre es por naturaleza más amigo de lo malo que de lo bueno, yo creo lo contrario, y cuando ocurre tal como equivocadamente se sustenta, es porque nuestra voluntad es atraída por la conveniencia propia, con más irresistible fuerza que lo es por la visión del malestar de nuestros semejantes, pero siempre el espectáculo de una desgracia que cobija á muchos bajo sus negras alas, hace renacer el amor á lo bello, á lo bueno y á lo justo, que son los atributos con que Dios adornó á nuestra alma racional.

J. FERNÁNDEZ DE QUEVEDO.

AL REY DE LOS OTROS RIOS

EN SU ÚLTIMA AVENIDA

Famoso Guadalquivir
Claro en fama, turbio en linfas,
Desde la cuna de rocas
Donde comienza tu vida,
Sobre campos y ciudades
Rugiendo te precipitas;
Eres el rey de los rios,
Según Góngora decía,
Pues al célebre Amazonas
Te lo dejás en mantillas.
En tu indómita corriente
En vez de perlas y ondinas,
Miro troncos y peñascos
Que cual si fueran aristas,
Por valles y vericuetos
Á los mares aproximás.
Con las lágrimas que Córdoba
Por tí vierte dolorida,
Un raudal mas caudaloso
Que el tuyo se formaría.
Detén tu fiero oleaje,
Párate un momento... y mira
Esa vega ayer frondosa
Hoy desolada y perdida;
Oye á los pobres huertanos
Do la honradez se entroniza,
Que con tétricos lamentos
Claman por su hacienda y vida;
Contempla la angustia horrible
De las miserables familias,
Cuyos plácidos hogares
En un instante arruinas;
Ve el sobresalto, la pena,
Los temores y agonías
De esas madres sin ventura
Que alejan despavoridas
Á los hijos de su alma
De tu corriente maldita.
Mas si na la te detiene
Y andaz signes tu corrida,
Á lo ménos, *de mi Virgen*
Respetá la santa ermita.
¡Ah!... su sagrado recinto
Donde en azarosos días
Mi espíritu conturbado
Encuentra la paz bendita,
Cual colosal tromba airada,
Invades con osadía;
Rebramas, ruges, te acercas
Y medroso te retirás.
Y es que sabes que jamás
Tus olas embravecidas,
Tocarán la dulce planta
De la celestial *María*,
Madre de Dios y del hombre,
Mi amparo, gloria y delicia.

RAFAEL VAQUERO Y GIMÉNEZ.

¡CARIDAD!

Nada más hermoso que la práctica de la caridad: nada más sublime ni meritorio á los ojos de Dios, que ejercer el bien en favor de nuestros semejantes, y ocasión propicia se nos presenta de cumplir este católico deber, que tanto engrandece á las almas, facilitando pan al necesitado, abrigo á los que carecen de él, y los consuelos de la religión á tanto desgraciado como hoy sufre en nuestra desventurada y queridísima Córdoba, las tristísimas consecuencias de los vientos del viento y del desbordamiento del Guadalquivir.

Enjuaguemos lágrimas por todas partes, facilitando socorros al desvalido, y sus bendiciones tal vez impedirán que mañana... resbalen aquellas por las mejillas de nuestros hijos.

EMILIO CABEZAS.

EL GUADALQUIVIR DESBORDADO

Bétis, detén tu bárbara fiereza,
Torna al sér natural de tu destino;
No más en borrascoso torbelino
Ni en ruinas aumentes tu grandeza.

Rodando entre peñascos y maleza
Hoy alteras tu curso peregrino,
Y esas olas que ensanchan tu camino
Olas de llanto son y de tristeza.

De pena y destrucción hondas señales
Mudo contempla el corazón humano,
En sotos, alamedas y eriales...

¿A qué ese alarde de poder tirano
Nos presentas, ¡oh río! en tus raudales
Cuando vés á morir al Océano?

FRANCISCO SIMANCAS.

Si no hubiera tantas otras pruebas de que *todos somos hermanos*, nos habría enseñado á serlo la *Caridad*. ¿Qué hay más grande y conmovedor que el sacrificio propio á cambio del bien de nuestros semejantes? ¿Qué desgraciado y solo se encontraría el hombre si se viese un momento privado del afecto y la consideración de los demás!

A. M. CASTIÑEIRA.

SONETO

¡Luto y asolación, llantos y duelos
Inundan á la hermosa pátria mía!
Terrible es ver que tempestad bravia
Hunde el querido hogar de los abuelos;
Terrible es ver la fúria de los cielos
Y convertirse en gritos de agonía
De un hijo los trasportes de alegría
Y de una santa madre los consuelos.

Pero en cambio es muy grande y muy hermoso,
Y el corazón ensanchase y exalta
En sentimientos puros y cristianos,
El ver un pueblo noble y generoso
Que se priva del pan que le hace falta
Por ir á repartirlo á sus hermanos.

ESTÉBAN DE BENITO.

LA INUNDACION

La lluvia azota las descarnadas paredes de mi humilde vivienda. Son las doce y aun no he podido conciliar el sueño. Y en verdad que no es extraño. ¡Ah! Si yo con pasar una mano por mi frente pudiese arrancar de mi cerebro las ideas que me martirizan; si sobre el pensamiento ejerciéramos influencia tal que, á la manera que cortamos la parte malsana de una fruta en que se inicia la corrupción, nos fuera

dado ahogar en aquel ciertas vaguedades, á sus primeros síntomas de existencia, cesaría de una vez esta lucha para la cual me abandonan las fuerzas. ¡Pobres pequeñuelos míos! ¡Cuán felices y cuán desgraciados son á un tiempo mismo! El alimento escasea; el frío aún se deja sentir por las noches; el lecho es harto duro y despojado de mantas que abriguen sus cuerpecitos y, sin embargo, duermen libres de remordimientos del pasado, de tristes horrores del presente y de fatídicos augurios del porvenir! Dichosos ellos que se ven sorprendidos por el sueño con la sonrisa en los labios. Yo, en cambio, he de pensar en el mañana, en ese mañana que no acabo de pronunciar y ya es hoy, azaroso, terrible, con iguales tintas negras, con las mismas escuálidas visiones, con la miseria ante mis ojos y el hambre á mis plantas. Las horas trascurren y en breve, al primer rayo de luz de la mañana, despertarán mis hijos, esos pedazos de mi propia carne, y me pedirán el sustento cotidiano... y la indigencia de un lado y la vergüenza de otro, me suspenderán de un hilo sobre el más espantoso abismo, al que no he de rodar tan pronto como fuera de presumir. ¡Estoy tocando el frío mármol de la realidad, y aún me parece que vivo en los mundos de la imaginación! Ahí fuera el huracán ruga y arrastra en pos de sí las cabañas y los añosos árboles; aquí dentro... en mi casa... mucho más adentro, en mi corazón, resuena tanto el bramido de las pasiones y el creciente furor de su oleaje, que temo naufragar. ¿Y para esto apetece el hombre vivir? ¡Mañana!... ¡Ay!... ¡Quién sabe!...

¡Hijos míos! ¡Arriba! ¡El agua! ¡Socorro!... ¡Loco de mí!... Es de noche... el río se desborda... hijos, subid á mis hombros... encaramaos en las vigas... mas, vosotros dos sois muy pequeños y os caeríais seguramente... No puedo teneros en mis brazos, porque el peligro es inminente... ¡Qué hacer!... ¡Socorro!... Favor!.. Nadie.

Ya se acercan... ya llegan... los de las barcas, en el momento crítico en que las paredes se derrumban y el obrero y sus hijos saltan á la barquichuela con la satisfacción pintada en sus demacrados semblantes. Si él no hubiera tenido afecto alguno, no esperara su salvación de aquellos bienhechores de la humanidad, porque tal vida no era vida para él ni lo es para nadie. Mas, sus hijos... ¡ah! sus hijos le habían hecho ver un rayo de esperanza... ¡Pobrecillos!...

Aquellos varones de corazón hidalgo y generoso les traían alimento y les ofrecían un albergue á cubierto de la miseria y de la lluvia, y él no sabía cómo agradecer tales muestras del más desinteresado heroísmo.

¡Oh! Qué tranquilidad y qué fruición surge en el alma de la práctica del bien sin mezquindades ni miras egoístas!

¡Bendita caridad!

RODOLFO GIL.

EL TIEMPO

¡Aurora de este día! ¡Bella aurora!
Has venido á la noche y soberana
Entre tus velos de topacio y grana
Apareces angusta, encantadora.

El sol te sigue y con sus rayos dora
La montaña y el valle, y engalana
Cuantos trofeos luce la mañana
En los encantos de abundante flora.

¡Más, temiendo su fuego, huyes alada
Para volver rigiendo nuevo día
Y hallar aquella flora marchitada
Que tan ricos perfumes te ofrecía!
¡Ay! Es el tiempo vértigo incesante!
¡Una triste hecatombe cada instante!

CAMILO GONZÁLEZ ATANÉ.

CARIDAD VERDADERA

En medio del terror y del espanto
Levántase un obrero sorprendido,
Y halla su hogar en ruinas convertido,
Cubierto de la muerte por el manto.

Su afán paterno, cariñoso y santo,
Para salvarlo busca á un sér querido,
Y como no lo encuentra, entristecido,
Sus ojos sueltan el raudal del llanto.

Sin hogar, sin familia, comprendiendo
Que otros seres su apoyo necesitan
Y están entre las aguas pereciendo,

Acude á aquellos que ¡socorro! gritan,
A generoso impulso obedeciendo;
¡Cuán pocos hombres al obrero imitan!

EMILIO LÓPEZ DOMÍNGUEZ.

TORMENTA Y CALMA

Cubrieron las nubes el cielo esplendente;
Cayeron las aguas en roncós torrentes

Y verdes sembrados

En páramo triste se vieron trocados.

Pasó la tormenta; renace la calma;
Alegre y tranquila ensánchase el alma,

Y dichas, consuelos,

Son hoy los que eran desgracias y dueños.

Pues es muy hermoso, y causa alegría,
Y lágrimas roba, á una sillería,

No digo á unos ojos,

El ver como bailan con *Sequah* los cojos.

ROCA.

CARIDAD

Qué grato es ver ante el espectáculo desconsolador porque atraviesa hoy mi querida Córdoba, la mano poderosa de nuestro Redentor bajo el aspecto sublime y admirable de ese don preciado con que Él ha dotado á los corazones tiernos; ese sentimiento bendito, esa aurora que despunta en los días de tristeza y luto, trayendo tras sí el consuelo á los afligidos; esa flor de celestial aroma que se llama Caridad.

Los cordobeses siempre amantes de sus hermanos, hoy hacen grandes esfuerzos para socorrer á la desgracia. Las autoridades prestan su apoyo, y nuestra egregia Soberana con sus caritativos sentimientos ha venido á enjugar las lágrimas de tantos desventurados como lloran su perdido bien.

¡Sublime Caridad! ¡Bendita seas!

R. VAQUERO Y MUÑOZ.

RIMAS**A LA TEMPESTAD**

No me espanta tu bárbara fiereza
Que embravece con fúria al hondo mar,
No me espantan tus truenos cuando ruedan
Furiosos por la oscura inmensidad.

No tampoco tus vientos bramadores
Ni el rayo, ni el relámpago veloz,
No me aterras tú, en fin, ¡porque en el alma
Tempestades mayores tengo yo!

LUZ Y SOMBRA

Al deshacerse en lluvia la tormenta
Anegando los pueblos de dolor,
Ocúltase en el alto firmamento
El esplendente y rutilante sol.

Pero viene otro sol mas fulgurante
Su luz en la desgracia á refractar;
¡El sol que iluminando todo el orbe
Se titula la santa Caridad!

ENRIQUE REDEL Y AGUILAR.

Marzo de 1892.

VIRTUD SUBLIME

No hay ninguna virtud que dignifique
La humanidad,
Cual esa que se llama ¡hermoso nombre!
La *Caridad*.
¡Caridad! Clama el pobre que contempla
Su bien perdido.
¡¡Caridad!! Dice el eco que repite
Triste gemido.
Y todo el noble pecho que profese
La cristiandad,
Responde siempre al grito compasivo
De ¡¡Caridad!!!
A. ESCAMILLA RODRIGUEZ.

AYER Y HOY

Entre las innumerables huertas que se extienden por las riuas riberas que el Guadalquivir baña, me acuerdo que había una de la cual conservo todavía gratos recuerdos de mi alegre infancia. Quizás por esto haya siempre venido con amor á mi memoria la huerta del *tío Paco*, que así dejábase llamar su arrendatario, hombre muy honrado y ya de edad, que en unión de su mujer y un mozalvete, labraba con desvelos y apuros cuatro ó cinco fanegas de terreno que tendría á lo más aquella finca.

Aún me parece ver el enorme mastín meneando su cola y enseñando sus relucientes colmillos, atado á la desvencijada cancela que daba entrada á la huerta por una senda entre dos largas hileras de árboles frutales. Aún recuerdo los perfiles de bojes y boneteros cruzando de aquí á allá, circundando las veredas y los cuadros llenos de ricas fresas que escondidas entre sus hojas, parecían ocultarse á mis miradas; la larga fila de macetas llenas de rosas, claveles y alelíes sobre la fresca alberca cubierta de verdina y musgo; los naranjos, perales, almendros y limoneros esparciendo sus delicados perfumes arrebatados por la brisa para difundirlos en el espacio; el buey tirando de la pesada noria que hacía crujir de vez en cuando para sacar torrentes de agua cristalina, que al chocar en la pila formaba espesos copos de blanca espuma, la cual se deslizaba por el arroyo, donde se reunían á beber multitud de pajarillos; la verde parra en forma de toldo guareciendo de los rayos del sol la puerta de la casita blanca y la poética madre-selva que escalaba las piedras del vallado, abrigando en su seno al negro mirlo, el cual lanzaba al aire sus tiernas melodías. Aún creo oír al *tío Paco* con su ronca voz entonar cantares melancólicos ó alegres, cuando á la caída de la tarde regresaba á su hogar, para comer el clásico *gazpacho* que su mujer batía pausadamente, mientras su hijo preparaba grandes cestos de hortaliza que al día siguiente al amanecer, llevaban al mercado....

Algunos años hacia que no visitaba este hermoso paraje en el cual he pasado horas agradables.

Habrà muy pocos días, después de los estragos que el candaloso *Betis* ha causado en su vega, llevado por la curiosidad, hice una visita á este sitio, tan bello para mí en otro tiempo... ¡Qué triste espectáculo se ofreció á mi vista!...

Las aguas habían arrasado por completo aquella pintoresca huerta. ¡Nada existe!... Los pocos árboles que han podido resistir la fuerza asoladora de las aguas al moverlas el viento, parecían sánces que inclinaban sus hojas abatidas sobre una inmensa tumba. Varios cadáveres de animales veíanse esparcidos por el suelo en distintos puntos, despertando la codicia de las aves de rapiña que se balanceaban en el aire; ésta era la única nota más animada que ofrecía aquel vasto páramo. Un ruido sordo entristecía mi espíritu; era el río que todavía imponente derruía á muy corta distancia el vallado de la huerta....

Ya me proponía dejar aquel *campo de soledad*, cuando llamó mi atención un anciano que, sentado en un poyo cubierto de lina, con la mano en la mejilla

y la vista extraviada, parecía abrumado por algún pesar. Era el *tío Paco*, con la cabeza blanca como la nieve y su rostro surcado por esas huellas que dejan el trabajo y la desgracia. Hicele varias preguntas, y sin moverse murmuró algunas palabras que no pude entender.

Hubo una pausa... Alzó los ojos al cielo exclamando con angustia y desesperación. ¡Dios mío, qué desgraciado soy!—Caballero, usted perdone, me muerro de pena, voy á contarle á usted lo que me pasa.—Yo cultivaba hace años lo que está usted viendo. Mucho tiempo y trabajo me costó poner esto en condiciones de poder vivir con algún desahogo; pero la suerte me volvió la espalda, y algunos ahorritos que tenía los gasté en la enfermedad de una hija, fresca como una rosa, que al fin se la llevó Dios, y con ella la alegría de esta casa. ¡Era tan buena! Desde entonces parece me persigue la desgracia. Al poco tiempo caí malo y me sobrevino una endeblez á la vista que me dejó casi ciego; y no quedó la desgracia en esto: el único hijo que me ayudaba mucho en mi vejez, se lo llevaron á servir al rey la víspera que el río arrasó mi huerta, dejándonos sumidos en la mayor miseria. Su madre lloraba como una Magdalena: el día en que se fué, cayó mala. En la madrugada siguiente yo la sacaba en brazos huyendo del río que casi nos cubría, el cual nos ha dejado sin pan y sin hogar. ¡Caballeros que días más amargos van á ser los últimos de mi vida!

Dobló la cabeza, prorrumpió en sollozos, y un raudal de lágrimas corrió por su venerable rostro!

No pude consolarlo, le ofrecí unas cuantas monedas que llevaba en el bolsillo, y abandoné con el corazón oprimido aquel triste recinto, donde años antes había reinado la salud y la alegría, y donde ahora imperaba la desgracia y la miseria.

Al volver el recodo del camino, el sol se había ocultado; el cielo tomaba tonos rojizos, un viento húmedo hacía gemir las copas de los árboles, y en aquella triste hora solo se oía el lúgubre graznido de las aves nocturnas mezclado con el monótono susurro de las aguas del río, que semejava el angustioso clamoreo de las víctimas que dejaba sumidas en el infortunio.

ENRIQUE ROMERO.

Córdoba 17 Marzo 92.

¡¡CARIDAD!!

¡Virtud santa y hermosa!
Al pronunciar su nombre
Renace la esperanza,
Disípase el dolor:
Tesoro es que exaltece
El corazón del hombre,
Escala misteriosa
Que élévale hasta Dios.

Ahuyenta negras sombras
De horrores y de duelos,
Es iris que fulgura,
Tras ronca tempestad:
Es madre cariñosa
Que presta sus consuelos
A aquel que gime pobre,
Enfermo y sin hogar.

La caridad transforma
En dichas los pesares,
Convierte en flor la espina,
Doquiera siembra el bien,
Y son sus mensajeras
Y excelsas tutelares
La Religión de Cristo,
La sacrosanta Fé!

Ante ella desaparecen
Los odios y pasiones,
El mundo fraterniza
Y ejerce la igualdad:
Es lazo con que se unen
Las razas y naciones,

Es faro en las desgracias,
De lumbre celestial.

Cuando en la lucha eterna
De hermano contra hermano
Herido y sin consuelo
Alguno vé gemir,
Solicita le tiende
Su protectora mano,
Pues ángel y custodio
Su altar lo tiene allí.

Si rugen atrevidos
Los roncós huracanes,
Un himno preludiando,
De muerte, aterrador,
Si en ígnea catarata
Se tornan los volcanes;
Si el ábrego rebrama
Con estentórea voz;

Si tiemblan las esferas,
Si un punto luce el rayo,
Si el exterminio causan
Las iras de Satán,
Y el hombre ya impotente
Se rinde á su desmayo
Le presta nuevas fuerzas
La santa Caridad.

Y cuando el mar, furioso,
Con ímpetu salvaje
Sepulta entre sus aguas
La rota embarcación,
A el náufrago que azota
Violento el oleaje
Y oculta en sus abismos,
Lo salva con valor.

Por ella, cuando un pueblo
Que gime desolado
Sin pan y sin abrigo
Su fin próximo vé,
El orbe entero acude
Y el óbolo sagrado
De caridad, su anrrora
De nuevas dichas es.

Adonde está no llegan
Los dardos de la envidia;
Ella inculca en las almas
La noble compasión:
Ya mata la calumnia,
Ya borra la perfidia
Y en todo sér encierra
Los gérmenes de amor.

Con ella se conjuran
Las sordas tempestades;
En ella está el compendio
Del bien y la virtud:
Ella en todos los siglos
Y en todas las edades
El mundo ha iluminado
Con su fulgente luz.

Por eso la esperanza
Renace al oír su nombre,
Por eso al pronunciarlo
Ahuyéntase el pesar:
Por eso en sus angustias
Solo repite el hombre:
¡Bendita siempre sea
La santa Caridad!

RICARDO DE MONTIS Y ROMERO.

Cuidemos del cáuce del Guadalquivir, que él ha de responder en el grado y con el interés con que se lo pidamos. ¡Pobres de nosotros si despreciándole olvidamos, tanto los inmensos beneficios que nos puede reportar, si sabemos explotarle, como los peligros y desastres á que nos puede precipitar si le abandonamos!

MANUEL BURILLO DE SANTIAGO.

A LA VIRGEN DE LA FUENSANTA

CANCIÓN

De la orilla del Bétis,
A pocos pasos,
Tienen los cordobeses
Un Santuario:
En él veneran
Escultural imagen
Tallada en piedra.

Juran haberla hallado
Cerca de un pozo,
De secular higuera
Junto del tronco.
Ellos le llaman
Sa patrona, la Virgen
De la Fuensanta.

De los males del cuerpo,
Siempre contritos,
En las aguas del pozo
Buscan alivio.
Y no conciben
Que los males del alma
Son más terribles.

Un cristalino arroyo
Que allí serpea,
Del mastranzo y la juncia
Le dá su esencia.
Y en sus cristales
Se reproduce el templo
Do está la imagen.

¡Cuántas veces de niño,
Entre sus muros,
Respirando del campo
El aire puro,
Mi madre amada,
Me ha contado tu historia
De la Fuensanta!

Un jardín que á la iglesia
Sirve de acceso,
Le adorna con cipreses
Y limoneros.
Bajo unos arcos
Se ostentan los recuerdos
De los milagros.

En la iglesia sumisos,
Ricos y pobres,
Funden en uno solo
Sus corazones.
Allí no hay clases,
Que ante Dios siempre fuimos
Todos iguales.

Pasan meses y años,
Trascurren siglos,
El fervor de aquel pueblo
Siempre es el mismo.
Todos adoran
Esa sagrada Virgen
Que es su patrona.

El niño entre sollozos
A amarla aprende;
El hombre su esperanza
En ella tiene.
Y hasta el anciano
Pide perdón y olvido
De su pecado.

Al oír los tañidos
De sus campanas,
Nos parece que el pecho
Goza y se ensancha.
Y es que esos ecos
Nos marcan el camino
Para ir al cielo.

Ofrecidle candelas,
Llévalle flores,
Pagad sus beneficios
Con oraciones.

Adore el alma
A la bendita Virgen
De la Fuensanta.

Lejos, muy lejos, canto
De esos lugares,
Sin que el tiempo y distancia
De ellos me aparten.
Nunca se olvidan
Los recuerdos hermosos
Que el alma anida.

En las alas del viento
Raudal y suave,
A veces adivino
La hermosa imagen,
Y entre sus pliegues
Quisiera que en mis sueños
Se apareciese.

¡Cual de lejos te canto,
Yo te cantara,
Cual te doy mis suspiros
Te diera el alma!
¡Rina del cielo,
No sé cómo explicarte
Cuanto te quiero!

¡Eres fuente de gracias,
Ramo de perlas,
Crisol donde Dios trino
Fundió su esencia!
¡Madre amorosa
Que las lágrimas secas
De cuantos lloran!

Por Dios, no me abandones,
Madre querida,
Cuando mi pobre cuerpo
Quede sin vida.
Sé tú mi amparo,
Y de Dios hasta el trono
Llegaré salvo.

T. R. DE ARELLANO.

PARA LOS INUNDADOS

La tendencia progresiva de la humanidad hácia el perfeccionamiento moral, se manifiesta cada día por la práctica de las grandes virtudes, tanto más necesarias, cuanto mayor sea el decaimiento físico de un pueblo, ó las circunstancias difíciles porque atravesase.

Por desgracia, nuestra época es tal, que si aquellas no existieran sería imposible la vida á una gran parte de la masa social. Se suceden con tanta frecuencia las calamidades, que se hace preciso estar siempre preparados y con ánimo dispuesto á remediarlas y socorrerlas.

¡La Caridad!

¿Qué sería sin ella del niño abandonado y desvalido, del anciano impedido para el trabajo, del enfermo postrado por horrible crisis y de cuantos, en fin, necesitan de extraños auxilios sin contar con medios para sufragarlos?

El ejercicio de la caridad es constante y se halla arraigado en nuestro pueblo, si bien estas grandes explosiones del sentimiento solo se echan de ver por el carácter colectivo que las impulsa, en las terribles catástrofes y angustias que frecuentemente afligen á la humanidad.

¡Qué consuelo llevan al ánimo del hombre generoso y de corazón esos actos de heroísmo y sacrificio que, en casos tales vemos realizados por nuestros semejantes, bien exponiendo su vida ó bien despojándose de lo que necesitan para el propio alimento, en aras de la vida y las necesidades de los demás!

En la seguridad de que nuestra demanda ha de ser atendida, como por el pueblo español lo fué siempre que se trató de remediar una calamidad y acudió solicito al socorro de los necesitados, pidamos hoy para los inundados de Córdoba que en más de una oca-

sión supieron contribuir y aliviar las desgracias de los demás, mostrando siempre su noble y generoso corazón.

JOSÉ DE ARRIVAS.

FRAGMENTO

....Jamás seas, amapola,
Egoísta y cruel, que cuando el alma
Se concentra en sí sola,
Y no hay pesar ageno que su calma
Indiferente turbe,
Ni goza del placer que dá el bien hecho
Ni más que fango inmundado halla por lecho.

FILOMENO MORENO.

CANTAR

El que niega un beneficio
Y duerme cuando lo niega,
Debe tener las entrañas
Más que la noche de negras.

J. FERNÁNDEZ JIMÉNEZ.

REFLEXIONES DE UN BORRACHO

Contemplando la avenida
Del río Guadalquivir,
Un discípulo de Baco
Hubo de expresarse así:
— «Si en vez de ser esto agua
Fuera vino... ¡por San Gil!
La inundación concluía
Con solo llamarme á mí.»

JOSÉ LÓPEZ.

Cuando las grandes catástrofes dejan sentir sus lamentables efectos sobre una población, cuando el infortunio extiende sus alas sobre una ciudad, todos los esfuerzos del hombre para contrarrestar su poder y disminuir la importancia de los daños que producen, son insuficientes.

La obra de destrucción que en un momento ocasionan los trastornos de la Naturaleza, no se repara sino después de incalculables trabajos, de angustias infinitas, de lucha constante, en la que, si salimos victoriosos, lo debemos sólo á esa virtud sublime inspirada por Dios, que se llama Caridad.

Ella convierte en hermanos á los más encarnizados enemigos, ante ella no existen antagonismos ni rivalidades; á todos inspira de análoga manera, y así vemos, siempre que las circunstancias lo exigen, como ahora sucede aquí, que á su llamamiento nadie se hace sordo, sino que, por el contrario, todos acuden solícitos para contribuir con su óbolo á esa gran obra de la Caridad bendita.

La prueba mejor de cuanto decimos la ofrece este álbum; para formarlo hemos solicitado la cooperación de la mayoría de los escritores y poetas cordobeses ó que residen en Córdoba, y ni uno solo ha dejado de contribuir solícito con los frutos de sus inspiraciones á la confección de él mismo.

¿Y hemos nosotros de demostrarles aquí nuestro agradecimiento por tal actitud?

Ciertamente que no: sólo uniremos nuestro aplauso con el que el pueblo de Córdoba tributa á cuantos se esfuerzan por aliviar las desgracias que pesan sobre una parte de esta ciudad querida, pues ya los que reciban sus beneficios les colmarán de bendiciones, otorgando á su generosidad una recompensa de inestimable valor: el agradecimiento.

JOSÉ DE ARRIVAS Y CASTILLA. RICARDO DE MONTES Y ROMERO.

Este "Álbum," se halla á la venta en la Librería del Diario de Córdoba y en el Café del Gran Capitán, únicamente.